

TERTÚLIA LITERÀRIA DIALÒGICA CONJUNTA

GRUPS DE LA CANYADA, LA POBLA DE VALLBONA, RIBA-ROJA DE TÚRIA,
ALQUÀS, PAIPORTA, MISLATA, LLÍRIA I BARRI DEL CRIST D'ALDAIA

DIVENDRES 18 D'OCTUBRE a les 19.00 HORES

ESPAI DE "LA CASA GRAN"

C/ Sant Josep, 13 a LA POBLA DE VALLBONA

TEXT PER LA TERTÚLIA DISPONIBLE: posar-se en contacte amb els grups de tertúlia,
amb la biblioteca municipal de La Pobla de Vallbona i
al mail: tertuliesdialogiquesalacanyada@gmail.com



ÍNDEX

WILLIAM SHAKESPEARE

Otel·lo (castellà).....	4
- <i>Rossini</i>	
Romeo i Julieta (català).....	6
- <i>Gunoud – Romeo et Juliette (Je veux vivre)</i>	
- <i>Prokofiev – Romeo and Juliet</i>	
Macbeth (castellà).....	8
Macbeth (català).....	9
Macbeth (anglès).....	10
- <i>Verdi</i>	
Sonet 116 (anglès, castellà i català).....	11
A Midsummer night's dream (anglès).....	12
El somni d'una nit d'estiu (català).....	13
- <i>Mendelssohn – A Midsummer Night's Dream</i>	

MIGUEL DE CERVANTES

Don Quijote (Molinos de viento).....	15
- <i>Strauss</i>	
Don Quijote (Encuentro Dulcinea)	17
- <i>Strauss</i>	
Don Quijote (Yendo a Barcelona).....	22
Don Quijote (Entrada a Barcelona)	23

ALTRES

La roseta de bardissa. Goethe	25
Dedicatòria. Goethe.	26
Cien años de soledad. Gabriel García Márquez	29
El niño yuntero. Miguel Hernández	30
De la natura. Lucreci	31
Himne a la bellesa. Baudelaire	32
El comte de Montecristo. Alexandre Dumas	33
La volta al món en vuitanta dies. Verne	34
Antígona. Sòfocles.	35
L'odissea. Homer.	36
Una cambra pròpia. Virginia Woolf.	38
Madame Bobary. Flaubert	39
Sonetos. Petrarca	40
Las flores de la primavera. Tagore	41
Me parece amor mío. Tagore	41
Mahabharata. Vyasa	42
Elegía. José de Espronceda	43
Razón de amor. Pedro Salinas	44
Poema de amor. Safo de Lesbos	45

WILLIAM SHAKESPEARE

OTEL·LO

ACTE 4 ESCENA 3

EMILIA.- ¡Ojalá no le hubieseis visto nunca!

DESDÉMONA.- No lo quisiera así. Mi amor le está tan enteramente sometido, que hasta su mal humor, sus reprensiones y ceño -por favor, desabróchame- tienen gracia y fineza.

EMILIA.- He puesto en el lecho las sábanas que me ordenasteis colocar.

DESDÉMONA.- Me es igual todo... ¡Por mi fe! ¡Qué locas son nuestras mentes! Si muero antes que tú, te suplico que me envuelvas en una de estas mismas sábanas.

EMILIA.- Vamos, vamos, no digáis tonterías.

DESDÉMONA.- Mi madre tenía una doncella de nombre Bárbara. Se había enamorado, y encontré con que el galán a quien amaba se volvió loco y la abandonó. Sabía cierta canción del «Sauce»; era una antigua canción, pero expresaba bien su destino y murió cantándola. ¡Esta noche no quiere irseme del alma esta canción! Me da mucha pena no poder inclinar mi cabeza a un lado y cantarla como la pobre Bárbara. Por favor, date prisa.

EMILIA.- ¿Iré a buscaros vuestra camisa de noche?

DESDÉMONA.- No. Desabróchame aquí... Ese Ludovico es un hombre muy apuesto.

EMILIA.- ES un hombre guapo.

DESDÉMONA.- Habla bien.

EMILIA.- Sé de una dama de Venecia que hubiera ido descalza a Palestina por un toque de su labio inferior.

DESDÉMONA.-

(Cantando.) *La pobre alma sentose suspirando al pie de un sicomoro, cantad todo al sauce verde; la mano sobre su seno, la cabeza sobre su rodilla, cantad: sauce, sauce, sauce; las frases ondas corrían tras ella y murmuraban sus suspiros, cantad: sauce, sauce, sauce; sus lágrimas amargas caían y ablandaban las piedras...* Quítame esto.

(Canta.) *Cantad: sauce, sauce, sauce.* Por favor, despáchate; va a venir en seguida.

(Canta.) *Cantad todos que un sauce verde debe ser mi guirnalda. Que nadie le censure; yo apruebo su desdén.* No, no es eso lo que sigue. ¡Escucha! ¿Quién llama?

EMILIA.- Es el viento.

DESDÉMONA.- (Cantando.) *He llamado a mi amor amor perjurado; pero ¿qué dijo entonces? Cantad: sauce, sauce, sauce, si cortejo a otras mujeres, dormiréis con otros hombres.* Ahora, márchate. ¡Buenas noches! Me escuecen los ojos. ¿Es presagio de lágrimas?

EMILIA.- Eso no significa nada.



DESDÉMONA.- Lo había oído decir. ¡Oh, estos hombres, estos hombres!
 ¿Crees tú en conciencia - dímelo, Emilia- que hay mujeres que ofenden a sus
 maridos con tan grueso ultraje?

EMILIA.- Ya lo creo que las hay; sin duda.

DESDÉMONA.- ¿Cometerías semejante acto por el mundo entero? EMILIA.-
 ¿Qué, no lo cometerías vos?

DESDÉMONA.- ¡No, ante la luz del cielo!

EMILIA.- Ni yo tampoco ante la luz del cielo; preferiría hacerlo en las tinieblas.

DESDÉMONA.- ¿Cometerías tal acto por el mundo entero?

EMILIA.- El mundo es una cosa grande. Es un gran precio para un pequeño
 vicio.

DESDÉMONA.- Pienso, en verdad, que no lo harías.

EMILIA.- En verdad, pienso que lo haría, y que lo desharía cuando lo hubiese
 hecho. Pardiez, claro que no lo haría por un anillo doble, por algunas medias
 de linón, ni por unas sayas, basquiñas, ni gorros, ni por cualquier otra pequeña
 asignación; pero ¡por el mundo entero! Pardiez; ¿quién no haría cornudo a su
 marido para ascenderlo a monarca? Arrostraría para ello el purgatorio.

DESDÉMONA.- ¡Sea yo maldita si hiciera semejante iniquidad por el mundo
 entero!

EMILIA.- ¡Bah!, la iniquidad no es una iniquidad sino para el mundo, y teniendo
 al mundo por haberla cometido, no sería una iniquidad en un mundo vuestro,
 lo que os permitiría bien pronto repararla.

DESDÉMONA.- No creo que exista semejante mujer.

EMILIA.- Sí, y una docena, y más aún de suplemento para aprovisionar el
 mundo, que les serviría de juego. Pero yo creo que cuando las mujeres caen, la
 falta es de sus maridos; pues o no cumplen con sus deberes y vierten nuestros
 tesoros en regazos extraños, o estallan en celos mezquinos imponiéndonos
 sujeciones, o nos pegan y reducen por despecho nuestro presupuesto
 acostumbrado. Pardiez, tenemos hiel, y aunque poseamos cierta piedad, no
 carecemos de espíritu de venganza. Sepan los maridos que sus mujeres gozan
 de sentidos como ellos; ven, huelen, tienen paladares capaces de distinguir lo
 que es dulce de lo que es agrio, como sus esposos. ¿Qué es lo que procuran
 cuando nos cambian por otras? ¿Es placer? Yo creo que sí. ¿Es el afecto lo
 que les impulsa? Creo que sí también. ¿Es la fragilidad que así desbarra? Creo
 también que es esto. ¿Y es que no tenemos nosotras afectos, deseos de placer
 y fragilidad como tienen los hombres? Entonces que nos traten bien, o sepan
 que el mal que hacemos son ellos quienes nos lo enseñan.

DESDÉMONA.- Buenas noches, buenas noches. El cielo me inspire
 costumbres que me permitan no extraer mal del mal, sino mejorarme por el
 mal. (Salen)

.....

➤ **Rossini – Otello (Opera)** - *Assisa a' piè d'un salice (Sentada al pie de un sauce*
 – *Aria de Desdémona*)

ROMEO I JULIETA

ACTE II. ESCENA II
El jardí de Capulet.

Entra ROMEO.

ROMEO

Riu de la nafra el qui no ha estat ferit!
Apareix Julieta a la finestra.

Silenci! ¿Quin llum brilla a la finestra?
És l'orient i Julieta el sol!

Surt, sol, i mata l'envejosa lluna,
que és pàl·lida i desfeta de neguit
veient que sa minyona és molt més
bella.

No la serveixis perquè és envejosa:
la seva roba de vestal, només
és verda i és malalta, i per als bojós;
llença-la! Aquesta és la senyora meva!
Aquest, el meu amor! Si ella ho sabés!
Ella parla i no parla. Mes ¿què
importa?

El discurs dels seus ulls, jo el vull
respondre.

Però sóc massa ardit, que no és a mi
a qui enraona. Dues grans estrelles
de les millors del cel, per un negoci,
deixen el lloc, i pregunten als seus ulls
de brillar en llur esfera fins que tornin.
¿Què passaria si els seus ulls lluïssin
enllà del cel, i en el front d'ella els
astres?

Que la galta esclatant apagaria
les mateixes estrelles, i en el cel
farien els seus ulls tanta claror,
que es posarien a cantar els ocells
pensant-se que la nit ja és acabada!
Mireu! Ara, a la galta, hi du la mà!
Oh, si d'aquesta mà jo fos el guant,
perquè pogués tocar la seva galta!

JULIETA
Ai!

ROMEO

Parla. Oh, parla encara, àngel de llum!
Perquè ets tan gloriosa aquesta nit,
posada damunt meu, que bé podries
ser el nunci alat del paradís, que
guaiten,
ulls en blanc, els mortals meravellats,
girant-se per mirar-lo, quan cavalca
enforcat sobre els núvols peresosos
i quan rellisca sobre el pit de l'aire!

JULIETA

Oh, Romeo, Romeo! ¿Per què ets
Romeo?

Nega el teu pare i el teu nom refusa;
o, si no ho vols, jura'm el teu amor,
i deixaré de ser una Capulet.

ROMEO

(A part.)

¿L'escolto encara més, o bé li parlo?

JULIETA

És el teu nom que m'és un enemic,
tu ets tu mateix i Montagú no importa.
¿Què és Montagú? No és ni peu ni mà,
ni braç, ni rostre, ni cap altra part
del cos d'un home. Cerca un altre
nom!

¿Què hi ha en un nom? Allò que en
diem rosa,

amb altre nom faria tanta olor.

I, si Romeo no es digués Romeo,
retindria la gràcia que li és pròpia
sense títol. Despulla't del teu nom,
i sense el nom, que no és res viu de tu,
pren-me tota sencera!

ROMEO

Et prenc pel mot:

digue'm només amor, i jo des d'ara
seré rebatejat i no em diré
mai més Romeo!

➤ **CHARLES GOUNOD – Opera Roméo et Juliette (*Je Veux Vivre*)**

Je veux vivre
Dans ce rêve qui m'enivre
Ce jour encore,
Douce flamme
Je te garde dans mon âme
Comme un trésor!
Je veux vivre, etc.
Cette ivresse de jeunesse
Ne dure, hélas! qu'un jour!
Puis vient l'heure
Où l'on pleure.
Loin de l'hiver morose
Laisse moi, laisse moi sommeiller
Et respirer la rose,
Avant de l'effeuiller.
Ah! - Ah! - Ah!
Douce flamme!
Reste dans mon âme
Comme un doux trésor
Longtemps encore.
Ah! - Comme un trésor
Longtemps encore.

➤ **PROKOFIEV - Romeo and Juliet**

- 19. Balcony Scene
- 21. Love Dance

MACBETH

Segundo acto - Escena II (castellano)

MACBETH - Es un cuadro doloroso.

LADY MACBETH - Hablar de cuadro doloroso es tontería.

MACBETH - Hay uno que gritó dormido y otro que gritó «¡Asesino!». Se despertaron uno a otro. Me quedé a oírlos, pero ellos dijeron sus plegarias y volvieron a dormirse.

LADY MACBETH - Hay dos en el cuarto.

MACBETH - Uno gritó «¡Dios nos bendiga! » y el otro «¡Amén!», como si hubieran visto estas manos de verdugo. Oyendo su espanto, no pude decir «Amén» cuando ellos dijeron «Dios nos bendiga».

LADY MACBETH - No caviles tanto.

MACBETH - Mas, ¿por qué no pude decir «Amén»? Era yo quien más necesitaba bendición, y el amén se me ahogaba en la garganta.

LADY MACBETH - No se debe pensar en ello de ese modo; así nos volvemos locos.

MACBETH - Me pareció que una voz gritaba: « ¡No durmáis más! Macbeth mata el sueño, el sueño inocente, el sueño que devana una maraña de desvelos, el morir de la vida diaria, baño de fatigas, bálsamo de almas laceradas, plato fuerte de la gran naturaleza, sustento mayor del festín de la vida.»

LADY MACBETH - ¿Qué quieres decir?

MACBETH - Y seguía gritando a toda la casa: «¡No durmáis más! Glamis ha matado el sueño, y por eso Cawdor ya no dormirá, Macbeth ya no dormirá.»

LADY MACBETH - ¿Quién era el que gritaba? Excelso barón, relajas tu noble vigor con ideas tan morbosas. Ve a buscar un poco de agua y limpia de tus manos tu sucio testimonio. ¿Por qué vienes con esos puñales? Su sitio está allí; llévalos y mancha de sangre a los criados dormidos.

MACBETH - No voy a volver: me asusta pensar en lo que he hecho. No me atrevo a volver.

LADY MACBETH - ¡Débil de ánimo! Dame los puñales. Los durmientes y los muertos son como retratos; sólo el ojo de un niño teme ver un diablo en pintura. Si aún sangra, les untaré la cara a los criados para que parezca su crimen.

Segon acte - Escena II (català)

MACBETH (*mirant-se les mans*).— Que es trist de veure això!

LADY MACBETH. — «Que és trist de veure», foll pensament.

MACBETH. — N'hi ha un que reia en somnis i un que cridava: «Assassins!». Tant, que s desvetllaren l'un a l'altre. Jo era allí que ls escoltava; però han dit llurs pregaries i s'han tornat a dormir.

LADY MACBETH. — N'hi ha dos a la mateixa cambra.

MACBETH. — L'un cridava «Déu ens beneeixi!», i «Amén» deia l'altre; com si m'haguessin vist amb aquestes mans de butxí. Jo escoltava llur esglai, i no he pogut dir «Amén» quan ells deien «Déu ens beneeixi!».

LADY MACBETH. — No us hi capfiqueu tant.

MACBETH. — Mes, per què no he pogut pronunciar «Amén»? Tant com necessitava la benedicció, i l'«Amén» sem n'evitava al coll!

LADY MACBETH. — Aquestes coses no s'han de considerar així, altrament tornariem boigs.

MACBETH. — M'ha semblat oir una veu que cridava: «No dormis més! Macbeth mata la sòn», la sòn innocent que capdella l'embullada troca dels neguits, mort de la vida de cada dia, bany de l'aspre treball, balsem dels cors ferits, segona via de la gran natura, primer aliment del festí de la vida.

LADY MACBETH. — Què voleu dir?

MACBETH. — I encara cridava: «No dormis més!» a tota la casa: «Glamis ha mort la sòn, per tant Cawdor no dormirà més; Macbeth no dormirà més!».

LADY MACBETH. — Qui era l que així cridava? Com, digne thani! Vostre coratge amolla considerant tant bojament les coses. Aneu, cerqueu un poc d'aigua i renteu-vos aquest immond testimoni de la vostra mà. Per què heu tret d'allí aquestes dagues? Hi han de restar. Aneu, dugueu-les i embruteu de sang els criats que dormen.

MACBETH. — No hi vull tornar. M'esgarrija pensar lo que he fet; tornar-ho a veure no goso.

LADY MACBETH. — Flac d'intenció! Doneu-me les dagues. Els dormits i els morts no són més que pintures: sols l'ull de l'infant tem un diable pintat. Si fa sang, jo pintaré amb ella ls rostres dels sirvents, car ha de semblar obra llur.

Surt. Truquen a dins.

MACBETH. — Què són aquests trucs? Què m passa, que tot soroll m'atterra? Quines mans aquestes! Ah, m'arrenquen els ulls! Tot el gran oceà de Neptú podrà mai rentar-me la sang d'aquesta mà? No; més tost aquesta emporprà les mars immenses, tornant-les de verdes roges.

Second Act - Scene II (english)

MACBETH.- This is a sorry sight. [Looking on his hands.]

LADY MACBETH. - A foolish thought, to say a sorry sight.

MACBETH. - 'There's one did laugh in's sleep, and one cried, "Murder!"

That they did wake each other: I stood and heard them:

But they did say their prayers, and address'd them Again to sleep.

LADY MACBETH. - 'There are two lodg'd together.

MACBETH. - One cried, "God bless us!" and, "Amen," the other;

As they had seen me with these hangman's hands.

Listening their fear, I could not say "Amen,"

When they did say, "God bless us."

LADY MACBETH.- Consider it not so deeply.

MACBETH.- But wherefore could not I pronounce "Amen"?

I had most need of blessing, and "Amen"

Stuck in my throat.

LADY MACBETH.- 'These deeds must not be thought

After these ways; so, it will make us mad.

MACBETH.- Methought I heard a voice cry, "Sleep no more!

Macbeth does murder sleep,"—the innocent sleep;

Sleep that knits up the ravell'd sleeve of care,

The death of each day's life, sore labour's bath,

Balm of hurt minds, great nature's second course,

Chief nourisher in life's feast.

LADY MACBETH.- What do you mean?

MACBETH.- Still it cried, "Sleep no more!" to all the house:

"Glamis hath murder'd sleep, and therefore Cawdor

Shall sleep no more,—Macbeth shall sleep no more!"

LADY MACBETH.- Who was it that thus cried? Why, worthy thane,

You do unbend your noble strength to think

So brainsickly of things.—Go get some water,

And wash this filthy witness from your hand.—

Why did you bring these daggers from the place?

They must lie there: go carry them; and smear

The sleepy grooms with blood.

MACBETH.- I'll go no more:

I am afraid to think what I have done; Look on't again I dare not.

LADY MACBETH.- Infirm of purpose!

Give me the daggers: the sleeping and the dead

Are but as pictures: 'tis the eye of childhood

That fears a painted devil. If he do bleed,

I'll gild the faces of the grooms withal,

For it must seem their guilt. [Exit. Knocking within.]

MACBETH.- Whence is that knocking?

How is't with me, when every noise appals me?

What hands are here? Ha, they pluck out mine eyes!

Will all great Neptune's ocean wash this blood

Clean from my hand? No; this my hand will rather

The multitudinous seas incarnadine, Making the green one red.

➤ **VERDI - Macbeth (Opera) – Acte 1 - Scena XII-XV “*Tutto è finito!*”**

SONETS. Núm. 116

(Anglès)

Let me not to the marriage of true minds
Admit impediments. Love is not love
Which alters when it alteration finds,
Or bends with the remover to remove.

o no, it is an ever-fixèd mark
That looks on tempests and is never shaken;
It is the star to every wand'ring bark,
Whose worth's unknown, although his height be taken.

Love's not time's fool, though rosy lips an cheeks
Within his bending sickle's compass come.
Love alters not with his brief hours and weeks,
But bears it out ev'n to the edge of doom.

If this be error and upon me proved,
I never writ, nor no man ever loved.

.....

(Català)

A la unió de dues ànimes lleials
no admeto impediments. L'amor no és amor
si sofreix canvis amb els canvis temporals,
si mancat de favors, es vincla al desfavor.

Ah, no: l'amor és com el sempre immòbil far
que mira les tempestes i mai no es desfigura.
De cada barca errant és l'estrella polar
d'insondable valor i sondejada altura.

L'amor no és la joguina del temps, ni que
l'esclat
de rostre i llavis mori sota la seva falç.
No s'altera l'amor amb la fugacitat,
sinó que sobreviu fins als dies finals.

I si això és un error i em pot ser demostrat,
jo no he escrit mai, ni mai cap home no ha
estimat.

(Castellano)

Permitid que no admita impedimento
ante el enlace de las almas fieles
no es amor el amor que cambia siempre por
momentos
o que a distanciarse en la distancia tiende.

El amor es igual que un faro inamovible,
que ve las tempestades y no es zarandeado.
Es la estrella que guía la nave a la deriva,
de un valor ignorado, aún sabiendo su altura.

No es juguete del Tiempo, aun si rosados labios
o mejillas alcanza, la guadaña del Tiempo.
Ni se altera con horas o semanas fugaces,
si no que aguanta y dura hasta el último abismo.

Si es error lo que digo y en mí puede probarse,
decid, que nunca he escrito, ni amó jamás el
hombre.

A MIDSUMMER NIGHT'S DREAM (english)

A **FAIRY** and **ROBIN GOODFELLOW** (a “puck” or mischievous spirit) meet onstage

ROBIN - Hello, spirit! Where are you going?

FAIRY - I go over hills and valleys, through bushes and thorns, over parks and fenced-in spaces, through water and fire. I wander everywhere faster than the moon revolves around the Earth. I work for Titania, the Fairy Queen, and organize fairy dances for her in the grass. The cowslip flowers are her bodyguards. You'll see that their petals have spots on them—those are rubies, fairy gifts. Their sweet smells come from those little freckles. Now I have to go find some dewdrops and hang a pearl earring on every cowslip flower. Goodbye, you dumb old spirit. I've got to go. The queen and her elves will be here soon.

ROBIN - The king's having a party here tonight. Just make sure the queen doesn't come anywhere near him, because King Oberon is extremely angry. He's furious because she stole an adorable boy from an Indian king. She's never kidnapped such a darling human child before, and Oberon's jealous. He wants the child for himself, to accompany him on his wanderings through the wild forests. But the queen refuses to hand the boy over to Oberon. Instead, she puts flowers in the boy's hair and makes a fuss over him. And now Oberon and Titania refuse to speak to each other, or meet each other anywhere—neither in the forest nor on the plain, nor by the river nor under the stars. They always argue, and the little fairies get so frightened that they hide in acorn cups and won't come out.

FAIRY - Unless I'm mistaken, you're that mischievous and naughty spirit named Robin Goodfellow. Aren't you the one who goes around scaring the maidens in the village, stealing the cream from the top of the milk, screwing up the flour mills, and frustrating housewives by keeping their milk from turning into butter? Aren't you the one who keeps beer from foaming up as it should, and causes people to get lost at night, while you laugh at them? Some people call you “Hobgoblin” and “sweet Puck,” and you're nice to them. You do their work for them and give them good luck. That's you, right?

ROBIN - What you say is true. That's me you're talking about, the playful wanderer of the night. I tell jokes to Oberon and make him smile. I'll trick a fat, well-fed horse into thinking that I'm a young female horse. Sometimes I hide at the bottom of an old woman's drink disguised as an apple. When she takes a sip, I bob up against her lips and make her spill the drink all over her withered old neck. Sometimes a wise old woman with a sad story to tell tries to sit down on me, thinking I'm a three-legged stool. But I slip from underneath her and she falls down, crying, “Ow, my butt!” and starts coughing, and then everyone laughs and has fun. But step aside, fairy! Here comes Oberon.

FAIRY - And here's my mistress, Titania. I wish he'd go away!

EL SOMNI D'UNA NIT D'ESTIU (català). ACTE II. ESCENA I..

Un bosc prop d'Atenes. *Entren una fada per un costat i Puck per l'altre*

PUCK

Què tal, esperit? On vas?

FADA

Pels turons i per les valls,
Esbarzers i cinc-en-rames,
Per jardins i amagatalls,
Per les ones i les flames
Vaig corrent cada matí,
Més lleugera que l'esfera
De la lluna, per servir
La meva reina encisera.
Als anells que té en els prats,
hi deixo anar la rosada;
les primules dels costats,
porten lliures daurades,
adornades amb robins
que són presents de les fades.
I en els seus tons argentins,
Una dolça olor s'hi bada.
Jo me n'he d'anar a buscar
Més rosada per posar
Als pètals de cada flor
Una perla de debò.
Adéu esperit ximplet,
Ara me n'hi vaig de dret.
La nostra reina, assistida
Pels elfs, vindrà de seguida.

PUCK

El rei farà una festa, aquesta nit;
Fes que la reina no s'hi acosti gaire.
Resulta que Oberon està enfurit
Perquè ella té al costat un nen d'un aire
Encantador. I es veu que el va robar
d'un rei de l'Índia. Una joguina així,
no l'hauria pogut imaginar
mai en sa vida. I heus aquí
que ara Oberon, com mai gelós,
vol que aquest nen li faci companyia
quan li vaga d'anar pel bosc ombrós.
Ella el reté, per res no el cediria:

En fa una joia i el cenneix de flors.
Per'xò si mai es troben algun dia,
Al costat d'una font, al bosc, pels prats
O sota les estrelles rutilants,
Sempre es barallen. I els elfs, espantats,
S'amaguen dins les cloves dels aglans.

FADA.

O bé m'enganya molt el teu posat,
o ets aquell esperit enjogassat,
en Robert Boncompany, el que amb la veu
espanta les noietes, i el que es beu
la nata de la llet, que fa malbé el molí,
que a totes les mestresses fa patir
quan volen fer mantega, i que amb vilesa
impedeix que fermenti la cervesa,
i que fa perdre els caminants de nit
i se'n riu quan els veu plens de neguit.
Però els que diuen «tendre Puck» i «Dolç Follet»,
tenen el teu ajut i mai no passen fred.
¿oi que ets tu?

PUCK.

Sí, tens tota la raó.
De nit, jo sóc l'alegre rodamón,
el bufó d'Oberon, perquè el faig riure
quan enganyo un cavall nodrit de bones faves
estrafent el renill d'una euga jove.
De vegades m'amago, dins el bol d'un dona
i sóc la poma cuïta que serveix
per escalfar el vi, i, quan ella beu,
li salto als llavis, i se l'hi vessa tot
a la tova papada. I de vegades una vella
em pren el tamboret quan vol explicar un conte,
i jo rellesco sota seu, i ella cau i diu:
«Ai, el pobre meu cull» Després li ve una tos
que fa riure a tothom amb les mans als malucs.
I s'ho passen tan bé! Esternuden i diuen
que mai no han rigut tant com aquest dia.
Compte, fada, fes lloc, que ja arriba Oberon!

FADA

I la meva mestressa! Tant de bo que ell no hi fos!

➤ MENDELSSOHN - A Midsummer Night's Dream (*Overture Op.21*)

MIGUEL DE CERVANTES - DON QUIJOTE

Primera parte - Capítulo VIII

Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y, diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas:

—Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a

socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

—¡Válame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede —respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre «Machuca», y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante «Vargas y Machuca». Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios —dijo Sancho—. Yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad —respondió don Quijote—, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo que replicar —respondió Sancho—; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

➤ **RICHARD STRAUSS: *Don Quixote*, op. 35. Variación I: *Gemächlich*. "Abenteuer an den Windmühlen" ("Aventura en los molinos de viento")**

Segunda parte - Capítulo X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos

Y así, prosiguiendo su historia, dice que, así como don Quijote se emboscó en la floresta, encinar o selva junto al gran Toboso, mandó a Sancho volver a la ciudad, y que no volviese a su presencia sin haber primero hablado de su parte a su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendición, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera.

-Anda, hijo -replicó don Quijote-, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas a buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe: si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie; si te repite la respuesta que te diere dos o tres veces; si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado; finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos; porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al fecho de mis amores toca; que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes, las acciones y movimientos exteriores que muestran, cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.

-Yo iré y volveré presto -dijo Sancho-; y ensanche vuestra merced, señor mío, ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana, y considere que se suele decir que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos, no hay estacas; y también se dice: donde no piensa, salta la liebre. Dígolo porque si esta noche no hallamos los palacios o alcázares de mi señora, agora que es de día los pienso hallar, cuando menos los piense, y hallados, déjenme a mí con ella.

-Por cierto, Sancho -dijo don Quijote-, que siempre traes tus refranes tan a pelo de lo que tratamos cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.

(...)

Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y deteniéndose allí hasta la tarde, por dar lugar a que don

Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien que, cuando se levantó para subir en el rucio, vio que del Toboso hacia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos, o pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero, como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolución: así como Sancho vio a las labradoras, a paso tirado volvió a buscar a su señor don Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como don Quijote le vio, le dijo:

-¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca, o con negra?

-Mejor será -respondió Sancho- que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren.

-De ese modo -replicó don Quijote-, buenas nuevas traes.

-Tan buenas -respondió Sancho-, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar a Rocinante y salir a lo raso a ver a la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene a ver a vuesa merced.

-¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? -dijo don Quijote-. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

-¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa merced -respondió Sancho-, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verá venir a la princesa, nuestra ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos, sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento; y, sobre todo, vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.

-Hacaneas querrás decir, Sancho.

-Poca diferencia hay -respondió Sancho- de cananeas a hacaneas; pero, vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos.

-Vamos, Sancho hijo -respondió don Quijote-; y, en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crías que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.

-A las crías me atengo -respondió Sancho-, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.

Ya en esto salieron de la selva, y descubrieron cerca a las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vio sino a las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó a Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

-¿Cómo fuera de la ciudad? -respondió-. ¿Por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no vee que son éstas, las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol a mediodía?

-Yo no veo, Sancho -dijo don Quijote-, sino a tres labradoras sobre tres borricos.

-¡Agora me libre Dios del diablo! -respondió Sancho-. Y ¿es posible que tres hacaneas, o como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan a vuesa merced borricos? ¡Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad!

-Pues yo te digo, Sancho amigo -dijo don Quijote-, que es tan verdad que son borricos, o borricas, como yo soy don Quijote y tú Sancho Panza; a lo menos, a mí tales me parecen.

-Calle, señor -dijo Sancho-, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca.

Y, diciendo esto, se adelantó a recebir a las tres aldeanas; y, apeándose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y, hincando ambas rodillas en el suelo, dijo:

-Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talente al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuestra magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

A esta sazón, ya se había puesto don Quijote de hinojos junto a Sancho, y miraba con ojos desenchajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora, y, como no descubría en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante a su compañera; pero, rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohína, dijo:

-Apártense nora en tal del camino, y déjenmos pasar, que vamos de priesa.

A lo que respondió Sancho:

-¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia a la coluna y sustento de la andante caballería?

Oyendo lo cual, otra de las dos dijo:

-Mas, jjo, que te estrego, burra de mi suegro! ¡Mirad con qué se vienen los señoritos ahora a hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos! Vayan su camino, e déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano.

-Levántate, Sancho -dijo a este punto don Quijote-, que ya veo que la Fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora.

-¡Tomá que mi agüelo! -respondió la aldeana-. ¡Amiguita soy yo de oír resquebrajos! Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos.

Apartóse Sancho y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo.

Apenas se vio libre la aldeana que había hecho la figura de Dulcinea, cuando, picando a su cananea con un aguijón que en un palo traía, dio a correr por el prado adelante. Y, como la borrica sentía la punta del aguijón, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó a dar corcovos, de manera que dio con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por don Quijote, acudió a levantarla, y Sancho a componer y cinchar el albarda, que también vino a la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y quiriendo don Quijote levantar a su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque, haciéndose algún tanto atrás, tomó una corridica, y, puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dio con su cuerpo, más ligero que un halcón, sobre la albarda, y quedó a horcajadas, como si fuera hombre; y entonces dijo Sancho:

-¡Vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que un acotán, y que puede enseñar a subir a la jineta al más diestro cordobés o mejicano! El arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebrá. Y no le van en zaga sus doncellas; que todas corren como el viento.

Y así era la verdad, porque, en viéndose a caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon a correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua. Siguiólas don Quijote con la vista, y, cuando vio que no parecían, volviéndose a Sancho, le dijo:

-Sancho, ¿qué te parece cuán malquisto soy de encantadores? Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna. Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado a mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores. Porque te hago saber, Sancho, que cuando llegé a subir a Dulcinea sobre su hacanea, según tú dices, que a mí me pareció borrica, me dio un olor de ajos crudos, que me encalabrino y atosigó el alma.

-¡Oh canalla! -gritó a esta sazón Sancho- ¡Oh encantadores aciagos y malintencionados, y quién os viera a todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho más hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y, finalmente, todas sus faciones de buenas en malas, sin que le tocádes en el olor; que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza; aunque, para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, a la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho, a manera de bigote, con siete o ocho cabellos rubios como hebras de oro y largos de más de un palmo.

-A ese lunar -dijo don Quijote-, según la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro, pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado.

-Pues yo sé decir a vuestra merced -respondió Sancho- que le parecían allí como nacidos.

-Yo lo creo, amigo -replicó don Quijote-, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho: aquella que a mí me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa o sillón?

-No era -respondió Sancho- sino silla a la jineta, con una cubierta de campo que vale la mitad de un reino, según es de rica.

-¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! -dijo don Quijote-. Ahora torno a decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres.

Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron a subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar a tiempo que pudiesen hallarse en unas solenes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse. Pero, antes que allá llegasen, les sucedieron cosas que, por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante.

- **RICHARD STRAUSS: *Don Quixote*, op. 35. Variación VI: Schnell.**
***"Begegnung mit Dulzinea"* ("El encuentro con Dulcinea")**

Segunda parte. Capítulo LX

De lo que sucedió a don Quijote yendo a Barcelona

Era fresca la mañana y daba muestras de serlo asimesmo el día en que don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el más derecho camino para ir a Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenía de sacar mentiroso a aquel nuevo historiador que tanto decían que le vituperaba.

Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y, acomodándose a los troncos de los árboles, Sancho, que había merendado aquel día, se dejó entrar de rondón por las puertas del sueño; pero don Quijote, a quien desvelaban sus imaginaciones mucho más que la hambre, no podía pegar sus ojos, antes iba y venía con el pensamiento por mil géneros de lugares

Ya le parecía hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina a la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlín que le referían las condiciones y diligencias que se habían de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea.

—Si nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo «Tanto monta cortar como desatar», y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni más ni

menos podría suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase a Sancho a pesar suyo; que si la condición deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, ¿qué se me da a mí que se los dé él o que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren?

Apartóse Roque a una parte y escribió una carta a un su amigo a Barcelona, dándole aviso como estaba consigo el famoso don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían, y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí a cuatro días, que era el de San Juan Bautista, se le pondría en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y a su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto a sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen

Segunda parte – Capítulo LXI.

De lo que le sucedió a don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto

En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, don Quijote y Sancho con otros seis escuderos a Barcelona. Llegaron a su playa la víspera de San Juan, en la noche, y abrazando Roque a don Quijote y a Sancho, a quien dio los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los había dado, los dejó, con mil ofrecimientos que de la una a la otra parte se hicieron.

Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar, hasta entonces dellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera que en la Mancha habían visto; vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales, abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes que tremolaban al viento y besaban y barrían el agua; dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos. Comenzaron a moverse y a hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salían. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, a quien respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos, a quien respondían los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, solo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movían. En esto llegaron corriendo, con grito, liliés y algazara, los de las libreas adonde don Quijote suspenso y atónito estaba, y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz a don Quijote:

—Bien sea venido a nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene; bien sea venido, digo, el

valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores.

No respondió don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron a que la respondiese, sino, volviéndose y revolviéndose con los demás que los seguían, comenzaron a hacer un revuelto caracol alderredor de don Quijote, el cual, volviéndose a Sancho, dijo:

—Estos bien nos han conocido: yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del aragonés recién impresa.

Volvió otra vez el caballero que habló a don Quijote y díjole:

—Vuesa merced, señor don Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart.

A lo que don Quijote respondió:

—Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija o parienta muy cercana de las del gran Roque. Llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más si la queréis ocupar en vuestro servicio.

Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales, se encaminaron con él a la ciudad; al entrar de la cual, el malo que todo lo malo ordena, y los muchachos que son más malos que el malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente y, alzando el uno de la cola del rucio y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas y, apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera que, dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió a quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho, el de su rucio. Quisieran los que guiaban a don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fue posible, porque se encerraron entre más de otros mil que los seguían.

Volvieron a subir don Quijote y Sancho; con el mismo aplauso y música llegaron a la casa de su guía, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dejaremos por agora, porque así lo quiere Cide Hamete.

Dante Alighieri

CANT PRIMER

Al bell mig del camí de nostra vida
vaig retrobar-me en una selva obscura,
del dreturer vial la passa eixida.

Ai, dir com era, serà feina dura,
tot aquell bosc salvatge, i aspre, i fort,
que al pensament renova la paüra!

De tan amarg, és gairebé la mort.
Mes, per tractar del bé qui descobria,
d'altres coses abans cal fer report.

No sé bé com el peu se m'hi perdia,
tan era desesmat de son pesada
al punt d'abandonar la dreta via.

Però, arribant al peu d'una collada,
allí on tenia fi la vall de dol,
que em va deixar la sang tan esverada,

vaig aixecar la vista al meu redol,
i guaito la muntanya, ja amb l'esquena
mig abrigada per la llum del sol.

Aleshores la por, feixuga i plena,
que al llac del cor m'havia mantingut
aquella nit passada amb tanta pena,

s'apaivagà, i com l'home esmaperdut
que amb defici del mar se'n va a la riba
i es gira per guaitar el perill agut,

encar l'ànima meva fugitiva
es tombà, contemplant el pas dolent,
d'on mai no n'ha sortit persona viva.



ALIGHIERI, Dante. *La Divina Comèdia*. Traducció de Josep M. de Sagarra. Barcelona: Selecta, 1983.

Johann Wolfgang Goethe

LA ROSETA DE BARDISSA

Veié un nin una roseta,
la roseta de bardissa,
fresca, bella i tan perfeta
que ell hi corre a la voreta:
mirar-la l'encisa,
la roseta vermelleta,
la roseta de bardissa.

Diu el nin: –T'arrencaré,
la roseta de bardissa–.
La roseta: –Pensa-ho bé:
el danyar no em plau a fe,
pro sóc punxadissa–,
la roseta vermelleta,
la roseta de bardissa.

El dolent la va arrencar,
la roseta de bardissa.
La roseta el va punxar.
Ai, quins plors, quin gemegar!
Era punxadissa
la roseta vermelleta,
la roseta de bardissa.



GOETHE, J. W. *Poesies*. A cura de Miquel DescLOT. Barcelona: Proa, 2000, p. 59-60.

Johann Wolfgang Goethe

Dedicatòria

Vingué el matí; son pas lleuger esvaïa
el son que em posseïa suaument,
i ja ben desvetllat jo feia via
per la muntanya amunt, alegrement.
M'adelitava veure com lluïa
en les flors la rosada transparent.
El jove dia resplendent s'alçava,
i tot, al renovar-se, em renovava.

Sent amunt, del prat baix i la ribera
vaig veure com s'alçava arrossegant
una boira subtil i juganera
que creixia després, amunt volant.
El goig dels ulls deixà d'ésser allò que era,
un vel tèrbol cobria'm tot voltant,
i, negat entre núvols ja sens nombre,
vaig trobar-me tot sol en la penombra.

Tot plegat va semblar que el sol hi entrava;
la boira, penetrada de claror,
tota ella es somovia i rebojava
amunt i avall en lenta partió.
Amb quin deler tan gran jo l'esperava,
el retorn de la llum en la foscor!...
Acabada la lluita vaporosa,
els ulls va cloure'm llum esplendorosa.

Tot seguit, un anhel que al pit sentia
me va dar cor d'obrir-los un moment,
mes tot entorn brillava, tot ardia,
i sols poguí teni'ls oberts breument.
Per un núvol portada, apareixia
una dona divina, resplendent:
ella em mirava, davant meu suspesa...
Mai en ma vida he vist semblant bellesa.

—No em coneixes? —va dir-me de seguida
amb un parlar suau tot amorós—.
¿No coneixes aquella que en ta vida
tant consol ha donat als teus dolors?
Sí que em coneixes, sí. Per sempre unida
m'has sentit al teu cor impetuós;
¿no t'he vist, ja de nin, que tes mirades
me cercaven plorant moltes vegades?—

—Oh! Sí que t'he sentit temps ha —jo deia,
a terra bo i caient agenollat—.
De jove m'has dat pau quan jo em desfeia,
per tantes passions tempestejat.
Quan sota el dia ardent mon front dequeia,
tes ales celestials l'han refrescat:
els presents de la vida tu els corones,
i no vull cap més goig que els que tu em
dónes.

«No et vull anomenar: més d'un ho intenta
i diu que et posseeix tothom qui vol;
creuen veure't molts ulls; mes,
resplendent,
ja els hauria encegat ta llum de sol.
Vaig tenir molts companys, desconeixent-
te,
mes ara que et conec me trobo sol:
a soles vull gaudir ventura tanta
i en mi tenir reclosa ta llum santa—.

Va mig riure; va dir: —No volis tant!
Bé cal deixar-vos veure poca cosa!
Tot just retornes de l'engany més gran,
tot just retens la voluntat commosa
i ja et creus sobrehome en un instant,
i els deures que tens d'home ja et fan nosa.
Dels altres semblants teus, què te'n
separa?
Fes la pau amb el món: mira't encara—.

I jo vaig exclamar: —Perdó, perdó!
La llum ara has obert a la mirada;
d'un alt voler en la sang sento l'ardor,
i sé el per què la gràcia m'és donada.
Pels altres creix en mi el teu noble do:
no dec servir-lo en l'ànima tancada.
¿Per què he cercat la via amb tants afanys
sinó per ensenyar-la als meus companys?—

Ella, divina, mentre això li deia,
mirant-me estava, piadosament,
i a dintre el seu esguard ben clar jo veia
en què havia fet bé, en què malament.

De seguida, veient-la que em mig reia,
nova alegria em va inundar potent...
Llavors vaig poder del tot amar-la,
i acostar-m'hi a la vora, i contemplar-la.

Damunt la boira de color de cendra
i dels lleugers vapors posà la mà,
que, a ella dòcils, van deixar-se prendre
i esquinçar-se, i desfer-se i dissipar.
De la vall vaig reveure el color tendre,
i vaig reveure el cel brillant i clar:
un vel de boira ella retenia
que entorn se li plegava i esllanguia.

—Jo conec el teu goig, la teva pena,
el que en tu viu, el que hi està naixent;
té —va dir-me (jo l'ànima tinc plena
d'allò que ella va dir-me, eternalment)—,
res pot mancar al qui amb l'ànima serena,
de mans de lo real, rebi en present
aquest vel, que és el vel de la Poesia,
teixit de boira suau i llum del dia.

«Si l'ardent sol d'estiu el front us torra,
desplega el vel enmig de la xardor.
Sentiràs de seguida l'aire córrer
tot ple de bons aromes i frescor.
Els dolors de la terra ell els esborra,
fa llit de flors del llit de la presó;
per ell és conhortada tota pena,
el dia és temperat, la nit serena—.

Veniu, doncs, germans meus. Si en l'aspra
costa
trobeu que els passos se us van fent pesats,
si voleu força novament disposta
en fresques flors i en dolços fruits daurats,
anem junts vers el dia que s'acosta;
mentre vivim, marxem ben animats.
Quan altres plorin damunt nostre un dia,
pugui encar nostre amor da'ls alegria!

GOETHE, J. W. *Poesies*. A cura de Miquel DescLOT. Barcelona: Proa, 2000, p. 39-45.

Gabriel García Márquez

CIEN AÑOS DE SOLEDAD

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construida a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. (...)

José Arcadio Buendía, que era el hombre más emprendedor que se vería jamás en la aldea, había dispuesto de tal modo la posición de las casas, que desde todas podía llegarse al río y abastecerse de agua con igual esfuerzo, y trazó las calles con tan buen sentido que ninguna casa recibía más sol que otra a la hora del calor. En pocos años, Macondo fue una aldea más ordenada y laboriosa que cualquiera de las conocidas hasta entonces por sus trescientos habitantes. Era en verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto. (...)

Vio una mujer vestida de oro en el cogote de un elefante. Vio un dromedario triste. Vio un oso vestido de holandesa que marcaba el compás de la música con un cucharón y una cacerola. Vio a los payasos haciendo maromas en la cola del desfile, y le vio otra vez la cara a su soledad miserable cuando todo acabó de pasar, y no quedó sino el luminoso espacio en la calle, y el aire lleno de hormigas voladoras, y unos cuantos curiosos asomados al precipicio de la incertidumbre. Entonces fue el castaño, pensando en el circo, y mientras orinaba trató de seguir pensando en el circo, pero ya no encontró el recuerdo. Metió la cabeza entre los hombros, como un pollito, y se quedó inmóvil con la frente apoyada en el tronco del castaño. (...)

En aquél Macondo olvidado hasta por los pájaros, dónde el polvo y el calor se habían hecho tan tenaces que costaba trabajo respirar, reclusos por la soledad y el amor y por la soledad del amor en una casa dónde era casi imposible dormir por el estruendo de las hormigas coloradas, Aureliano y Amaranta Ursula eran los únicos seres felices, y los más felices sobre la tierra.



Miguel Hernández

EL NIÑO YUNTERO

Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.

Nace, como la herramienta,
a los golpes destinado,
de una tierra descontenta
y un insatisfecho arado.

Entre estiércol puro y vivo
de vacas, trae a la vida
un alma color de olivo
vieja ya y encallecida.

Empieza a vivir, y empieza
a morir de punta a punta
levantando la corteza
de su madre con la yunta.

Empieza a sentir, y siente
la vida como una guerra
y a dar fatigosamente
en los huesos de la tierra.

Contar sus años no sabe,
y ya sabe que el sudor
es una corona grave
de sal para el labrador.

Trabaja, y mientras trabaja
masculinamente serio,
se unge de lluvia y se alhaja
de carne de cementerio.

A fuerza de golpes, fuerte,
y a fuerza de sol, bruñido,

con una ambición de muerte
despedaza un pan reñido.

Cada nuevo día es
más raíz, menos criatura,
que escucha bajo sus pies
la voz de la sepultura.

Y como raíz se hunde
en la tierra lentamente
para que la tierra inunde
de paz y panes su frente.

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.

Lo veo arar los rastros,
y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos
que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho,
y su vida en la garganta,
y sufro viendo el barbecho
tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará a este chiquillo
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

Lucreci

DE LA NATURA

Invocació a Venus

«Mare dels Enèades, goig dels homes i dels déus, Venus nodridora, que sota les esteles errívols del cel pobles d'éssers el mar portador de naus i la terra fructífera! Per tu tota mena d'animals és concebuda i veu la llum del sol en sortir de les tenebres, per tu, oh deessa, per tu, i, a la teva arribada, fugen els vents, per tu els núvols del cel, per tu la terra industriosa dona flors suaus, per tu somriuen les aigües del mar i el cel asserenat brilla amb llum arreu escampada. Tot seguit que es manifesta l'aspecte primaveral del dia i oberta es redreça l'aura fecundant del favoni, en primer lloc, et presagien, tu i la teva vinguda, els ocells de l'aire ferits al cor per la teva força. Després les feres, ramats que boten per les pastures ufanoses i que travessen nedant els ràpids rius: així, captius de la teva gentilesa, són desitjosos de seguir-te onsevulla que vagis a dur-los. Finalment, per les mars i les muntanyes i els rius engolidors, pels estatges plens de fulles dels ocells i pels camps verdejants, enfonsant en tots els pits l'amor suau, fas que les espècies propaguin delerosament llurs nissages».

Lucreci. *De la natura*, vol I. Fundació Bernat Metge. Barcelona, 1923, pàg. 3.



Charles Baudelaire

HIMNE A LA BELLESA

¿Surts de l'abisme o véns d'aquest cel insondable,
oh Bellesa d'esguard infernal i diví,
que el benifet i el crim vesses inextricable,
i per això podem comparar-te amb el vi?

L'alba neix als teus ulls i el capvespre s'hi ajoca;
espandeix perfums com el vent cap al tard;
són un filtre els teus besos i una àmfora ta boca
que l'infant encoratja i fa l'heroi covard.

Surts d'una gorga negra o davalles dels astres?
El Destí, com un gos, et va seguint ullprès;
vas semblant a l'atzar la joia i els desastres,
i tu ho governes tot i no respons de res.

Camines sobre els morts, i te'n burles, Bellesa;
dels teus joiells l'Horror no és pas el menys vistent,
i entre els millors penjolls, el Crim, en la nuesa
del teu ventre orgullós, dansa amorosament.

L'efímer ofuscat vola vers tu, candela,
crepita: "Beneïm l'atxa!", diu commogut.
Sobre la seva amant l'enamorat que anhela,
té el fest d'un moribund que amoixa el seu taüt.

¿Que ens arribis del cel o de l'infern, què importa,
Bellesa! , monstre enorme, càndid, que mous a esglai,
si en tu l'ull i el somriure i el peu m'obren la porta
d'un Infinit que estimo, que no he conegut mai?

De Déu? Satan? Tant és! Àngel o bé Sirena,
tant és, si ets tu qui ens fas –fada d'ulls vellutats,
ritme, perfum, claror, reina que m'encadena!-
l'univers menys horrible i els instants menys pesats!

BAUDELAIRE, Charles, *Les flors del mal*, Sant Boi del Llobregat: El Mall, 1985.

Alexandre Dumas

EL COMTE DE MONTECRISTO

Mentre travessava l'avantcambra, el comissari de policia va fer un senyal a dos gendarmes, els quals van situar-se a banda i banda de Dantès. Van obrir una porta que comunicava l'apartament del procurador del rei amb el palau de justícia i van recórrer durant una estona un d'aquests grans passadissos foscos que fan estremir els que hi passen encara que no tinguin cap motiu per estremir-se.

De la mateixa manera que l'apartament de Villefort es comunicava amb el palau de justícia, el palau de justícia ho feia amb la presó, llòbrec edifici adossat al palau, totes les obertures del qual donen al campanar d'Accoules, que s'aixeca al davant.

Després de moltes giravoltes pel corredor, Dantès va trobar-se davant d'una porta amb una finestreta de ferro. El comissari de policia va trucar-hi tres cops amb un picaporta, i a Dantès va fer-li l'efecte que els hi clavaven al cor. La porta va obrir-se, els dos gendarmes van empènyer lleugerament el presoner, que encara vacil·lava, el jove va travessar el temible llindar i la porta va tancar-se sorollosament darrer seu.

Dantès respirava un aire diferent, un aire metífic i dens: es trobava a la presó.

Alexandre Dumas, *El comte de Montecristo*, Barcelona, La Magrana, 2002. (Cap. VIII)

Jules Verne

LA VOLTA AL MÓN EN VUITANTA DIES

La travessia de vuit-centes milles, en una embarcació de vint tones, i sobretot en aquella època de l'any, era aventurada. Els mars de la Xina són generalment perillosos, es troben exposats a cops de vent terribles, principalment durant els equinoccis, i encara eren a la primeria de novembre.

Evidentment, li hauria sortit més a compte, al pilot, portar els passatgers a Yokohama, ja que li pagaven un tant cada dia. Hauria estat, però, molt imprudent intentar una travessia semblant amb un vaixell com el seu. Ja era un acte d'audàcia, per no dir de temeritat, pujar fins a Xangai. Tanmateix, John Bunsby confiava en la *Tankadère*, que s'aixecava sobre les ones com una malva, i potser no s'equivocava.

Durant les primeres hores, la goleta va navegar pels capritxosos passos de Hong Kong i va comportar-se admirablement en totes les maniobres.

—No cal que li recomani la màxima velocitat, pilot —va dir Phileas Fogg quan van sortir a mar oberta.

—Confii en mi, senyor —va respondre John Bunsby—. Hem hissat totes les veles que el vent ens permet. Les escandaloses no afegirien res. Al contrari, alentirien la marxa de la goleta.

—És el seu ofici, pilot, no pas el meu. Confio en vostè.

Jules Verne, *La volta al món en vuitanta dies*, Barcelona, La Magrana, 2000. (Cap.XXI)

Sòfocles

ANTÍGONA

EL COR:

Estrofa 1: Moltes són les coses que
admiren,
i cap n'hi ha que admirí més que l'home.
Ell fins a més enllà de la blànquina
gran mar, amb el llebeig tempestuós
avança, travessant les aigües
inflades que entorn s'apregonen.
I dels déus la suprema,
la Terra inconsumible, infatigable,
turmenta, amb el vaivé de les arades,
d'any en any, quan la gira, amb la força
de la nissaga cavallina.

Antístrofa 1: I la tribu dels ocellets
de cor lleuger, insidiant, captura,
i les hordes dels animals salvatges,
i la marina gènera del pèlag,
dins els torterols de la xarxa
que ell ha teixit, l'home sagaç.
També domina amb ginys
la feréstega bèstia muntanyana,
i el cavall de pelut bescoll, el mena
sota el jou que li volta la tossa,
i el brau de la serra, incansable.

Estrofa 2: I el llenguatge, i el pensament
que és com un vent, i l'impuls d'habitar
ciutats, és ell mateix que se'ls ha apresos;
com a defugí els trets al ras
de les incòmodes glaçades

i de les males pluges,
amb recursos per tot; sense recursos
a res no s'aventura
del futur; només de la mort
no es procurarà una fugida;
les malalties intractables
ha imaginat, però, com evadir-se'n.

Antístrofa 2: Tenint en la inventiva
d'art un talent per damunt l'esperança,
ja cap al mal, ja cap al bé camina.
Fent, doncs, una part a les lleis
de la terra i al dret pels déus jurat,
un home ocupa el cim
més vistent d'una pàtria; de la pàtria
s'exclou qui amb el mal
fa companyia, per bravata.
Que amb mi no sigui en una llar
ni tingui un pensament
igual, qui obra d'aquesta manera.

*SÒFOCLES. Antígona, dins Tragèdies de
Sòfocles, vol. 1. Traducció catalana i pròleg
de Carles Riba. Edició a cura de Carles
Miralles. Barcelona: Curial, 1977, p. 160-
161*

Homer

L'ODISSEA

Episodi de les Sirenes:

I aleshores parlà missenyora Circe, dient-me:
»—Mira com tot va tenint acabament. I tu escolta
ara el que et vaig a dir; i un déu ja farà que ho recordis.
Arribaràs de primer a les Sirenes, que encisen
tots els humans, quisvulla que siguin que arribin a elles.
Qui per folia amaina i al so de la veu dóna orella
de les Sirenes, ja mai la muller ni els fills criatures
no el sortiran a rebre, tornant a casa joiosos:
no, les Sirenes l'encisen amb llur cançó prima i clara,
des del punt on s'estan; i entorn blanqueja una rima
d'ossos de gent que es corromp; i la pell que els cobreix va enxiquint-se.
Passa de llarg, però tapa a la teva gent les orelles
amb cera dolça que hauràs remollit, a fi que no hi senti
cap dels altres; però si el cor a tu et diu d'escoltar-les,
fes que et lliguin de mans i de peus dins el ràpid navili,
dret a la paramola, i que fermin les cordes ben altes,
perquè sentis a pler la veu de les dues Sirenes.
I si pregues als teus companys que et deslliguin, i ho manes,
ells una cosa han de fer, que és estrènyer-te encara amb més nusos.

[...]

Aleshores jo parlo als companys i els dic amb tristesa:
»—Oh amics, no està bé que un o dos siguin sols a conèixer
els averanys que Circe m'ha fet, la divina entre dees:
no, jo els reportaré, per tal que morim coneixent-los
o que mirem d'esquivar-nos, fugint de la mort i la parca.
Per començar, m'ha ordenat que de les Sirenes divines
defugim la veu i la prada en flor des d'on canten.
Jo tot sol ha ordenat que escoltés; però heu de lligar-me
amb un nus treballós, perquè resti allí sense moure'm,
dret a la paramola; i fermeu les cordes ben altes.
I si us prego a vosaltres que em deslligueu i us ho mano,
una cosa heu de fer, que és estrènyer-me encara amb més nusos.
»Jo vaig anar dient i aclarint als companys cada cosa,
mentre ràpidament atenyia la nau ben obrada
l'illa de les Sirenes, que un vent innocent l'empenyia.
Súbitament llavors calà el vent, i es va fer la bonança,
sense tan sols un alè; i condormí les onades un numen.
I, aixecant-se, els companys enrotllaren el drap del navili

i el desaren al fons del buc i, asseient-se als escàlems,
emblanquien l'aigua amb les pales d'avet ben polides.
»Jo que llavors amb la punta del bronze tallo a miquetes
un gran rotllo de cera i la pasto amb les mans forçarrudes.
I aviat s'ablaneix, car el gran vigor la hi obliga,
i l'esplendor del Sol, el príncep fill de l'Altura.
I vaig de rengle tapant les orelles de tots els meus homes,
i ells dins la nau em lliguen de mans i cames alhora,
dret a la paramola, i em fermen les cordes ben altes;
i, asseient-se, colpeixen la mar blanquina amb les pales.
»Doncs, quan ja n'érem tan lluny com abasta la veu d'un que crida,
que passàvem rabents, no els escapa la nau marinera
que botava allí prop, i amb veu fresca entonen un càntic:
»—Vine, tan celebrat Ulisses, honor de l'Acaia!
Atura el teu vaixell i a la nostra veu dóna orella!
Mai ningú no ha doblat per aquí amb el negre navili,
que de les nostres boques la veu no escoltés, que és dolcesa;
però després se'n torna joiós i més ple de ciència.
Car nosaltres sabem tot quant a Troia la vasta
els argius i els troians han sofert per divina volença,
com tot allò que passi damunt la terra nodrissa.
»Deien, amb una veu meravellosa; es delia
per escoltar el meu cor; i mano als companys que em deslliguin,
fent-los senyal amb les celles; més ells, vinclant-se, remaven.
I tot seguit Perimedes i Euríloc s'aixequen i vénen
a refermar-me els lligams i estrènyer-me encara amb més nusos.

HOMER. *L'Odissea*. Traducció de Carles Riba. Barcelona: Edicions de la Magrana, 1993,
p. 208 i p. 211-213.

Virginia Woolf

UNA CAMBRA PRÒPIA

Abans ja us he parlat d'una germana de Shakespeare, encara que no la trobareu esmentada en la biografia del poeta per sir Sidney Lee. Morí jove, pobra, i mai no escrigué res. Està enterrada a la cruïlla on ara s'aturen els autobusos, davant Elephant and Castle. Però jo crec que la poetessa de qui us parlo, que mai no escrigué un mot i que fou enterrada a la cruïlla, encara viu. Viu en tu i en mi i en moltes dones que avui no han vingut perquè s'han hagut de quedar a casa a fregar plats i ficar les criatures al llit. Però viu; ja se sap que els grans poetes no moren mai; que són presències permanents; no els cal sinó l'avinentesa de caminar fets carn entre nosaltres. Avinentesa que, a parer meu, vosaltres ara esteu molt a punt de fer possible. Perquè jo crec que si vivim un segle més, aproximadament –i ara parlo de la vida col·lectiva que és la vida real, no pas de les petites vides separades que vivim tots com individus–, i aconseguim cinc-cents lliures l'any i una cambra pròpia; si ens acostumem a la llibertat i a la valentia d'escriure allò que pensem; si defugim una mica la saleta comuna i observem les persones no sempre en relació les unes amb les altres, sinó en relació amb la realitat; i també el cel, i els arbres o el que sigui tal com són ells mateixos; si hi veiem més enllà de l'espantall de Milton i ens convencem que cap ésser humà no té el dret de tapar-nos la vista; si afrontem el fet, perquè és un fet, que no hi ha cap braç on poguem recolzar, i que anem soles pel món, i si hi busquem una relació amb la realitat, i ens oblidem una mica del món dels homes i les dones, l'avinentesa de què us parlo sorgirà i la poetessa finada, que havia estat germana de Shakespeare, es ficarà d'un cop dins el cos que tan sovint s'havia hagut de fer fonedís.

WOOLF, Virginia. *Una cambra pròpia*. Traducció d'Helena Valentí. Barcelona: Grijalbo, 1985, p. 147-148.



Gustave Flaubert

MADAME BOBARY

L'atmosfera del ball era densa; les aranyes empal·lidien. La gent afluïa a la sala de billar. Un criat pujà damunt d'una cadira i trencà dos vidres; al soroll dels esclats, la senyora Bovary girà el cap i apercebé les cares dels pagesos que esguardaven des del jardí. Aleshores se li reproduí el record dels Bertaux. Veié la masia, el bassiol fangós, el se pare amb la brusa de treball voltant per entremig dels pomers, i fins es veié a ella mateixa desnatant, com abans, la llet de les gerres amb les puntes dels dits. Darrera les fulguracions actuals, però, la seva vida passada, fins aleshores tan neta, s'esvaïa d'un sol cop i gairebé dubtava que l'hagués mai viscuda. Es trobava en un palau; al seu voltant hi havia un ball; i la resta només era un munt d'ombres. Aleshores s'atansava un gelat de marrasquí als llavis, posat dins una conquilla d'argent amb un bany d'or, l'aguantava amb la mà esquerra i mig tancava els ulls tot mantenint amb delectança la cullera entre les dents.

Al seu costat, una dama deixà caure el ventall en el moment que passava un cavaller:

—¿Em voldríeu fer el favor de collir-me el ventall de darrera el canapé?— digué ella.

El senyor s'inclinà i, mentre feia el moviment d'estendre el braç, l'Emma veié com la mà de la dama li llançava dins el capell una cosa blanca plegada en forma de triangle. Després d'haver-li abastat el ventall, el senyo l'hi oferí respectuosament; ella el regracià amb un moviment del cap i es posà a aspirar el pom de flors que portava.

El ressopó fou ruixat amb vins d'Espanya i del Rin: hi hagué sopes de crancs i del llet d'ametlles, púdings a la moda de Trafalgar i tota mena de carns fredes, voltades de gelatina, que es gronxava, trèmula, als plats. Després, els cotxes començaren a tornar-se'n. Aixecant un extrem de la cortina de mussolina, es veia desfilar dins l'ombra la llum dels fanals. Els seients s'aclarien; alguns jugadors continuaven encara; els músics s'humitejaven els caps dels dits amb la llengua. En Charles estava mig adormit, repenjat en una porta.

Gustave Flaubert, *Madame Bovary*, Barcelona: Aymà, 1965, p. 67-68

Pertrarca

SONETOS

CXXXIV SONETO A LAURA

Paz no encuentro ni puedo hacer la guerra,
y ardo y soy hielo; y temo y todo aplazo;
y vuelo sobre el cielo y yazgo en tierra;
y nada aprieto y todo el mundo abrazo.

Quien me tiene en prisión, ni abre ni cierra,
ni me retiene ni me suelta el lazo;
y no me mata Amor ni me deshierra,
ni me quiere ni quita mi embarazo.

Veo sin ojos y sin lengua grito;
y pido ayuda y parecer anhelo;
a otros amo y por mí me siento odiado.

Llorando grito y el dolor transito;
muerte y vida me dan igual desvelo;
por vos estoy, Señora, en este estado.

SONETO

Bendecidos el año, el mes, el día
y la estación y el sitio y el instante
y el hermoso país en que delante
de su mirar mi voluntad rendía.

Y bendecida la tenaz porfía
de amor entre mi pecho palpitante,
y el arco y la saeta y la sangrante
herida que en mi corazón se abría.

Bendecida la voz que repitiendo
va por doquier el nombre de mi amada,
suspiros, ansias, lágrimas vertiendo.

Y bendecido todo cuanto escribe
la mente que al loarla consagrada
en Ella y sólo para Ella vive.

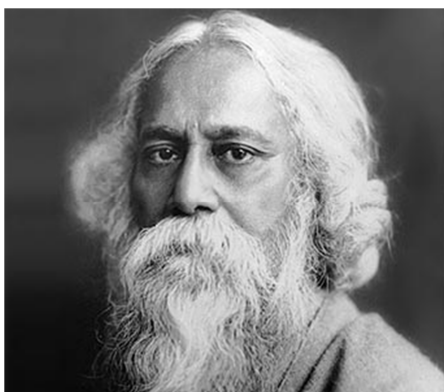
Rabindranath Tagore

LAS FLORES DE LA PRIMAVERA SALEN

Las flores de la primavera salen,
como el apasionado dolor del amor no dicho;
y con su aliento, vuelve el recuerdo de mis canciones antiguas.
Mi corazón, de improviso, se ha vestido de hojas verdes de deseo.
No vino mi amor, pero su contacto está en mi cuerpo
y su voz me llega a través de los campos fragantes.
Su mirar está en la triste profundidad del cielo, pero
¿dónde están sus ojos? Sus besos zigzaguean por el aire,
pero sus labios, ¿dónde están?

ME PARECE AMOR MÍO

Me parece, amor mío, que antes de rayar el día de la vida
tú estabas en pie bajo una cascada de felices sueños,
llenando con su líquida turbulencia tu sangre.
O, tal vez, tu senda iba por el jardín de los dioses,
y la alegre multitud de los jazmines, los lirios y las adelfas
caía en tus brazos a montones y, entrándose en tu corazón,
se hacía algarada allí.
Tu risa es una canción, cuyas palabras se ahogan
en el grito de las melodías; un rapto del olor de unas flores
no vistas; es como la luz de la luna que rompiera a través
de la ventana de tus labios, cuando la luna está escondiéndose
en tu corazón. No quiero más razones; olvido el motivo.
Solo sé que tu risa es el tumulto de la vida en rebelión.



Vyasa

MAHABHARATA

EL MAR

Los hermanos Vinata y Kadrú, cuando la noche hubo comenzado a disiparse, hacia la mañana, al salir el sol, apresuradas e impacientes corrieron por la ribera... Allí vieron el mar de aguas profundas; el mar con su gran poblado, poblado de peces y de ballenas, de tiburones, de animales innumerables, espantosos, horribles y de variadas formas, de tortugas y cocodrilos: el mar terrible, cuyo clamor asusta, infranqueable por sus remolinos profundos, que llevan el miedo al corazón de las criaturas; el mar, removiéndose en sus orillas por la acción vigorosa del viento encrespándose por el furor de su agitación, acercándose, retirándose y removiendo sus innumerables ondas; el mar lleno de ondas que se hinchan cuando la luna crece, la mina más rica de pedrerías; el mar que produjo la concha de Krishna. Turbado en otro tiempo hasta su fondo por el poderoso Govinda, cuando bajo la forma de un jabalí estuvo buscando al tierra bajo sus ondas agitadas; ese mar, cuyo fondo no pudo encontrar durante cien años el Brahmarsi Atri, y que se apoya siempre en la bóveda del cielo; ese mar, sombrío lecho de Vishnú en su esplendor infinito, origen de loto, cuando en la remota época de la renovación del mundo, saboreaba el éxtasis de su absorción en el seno del absoluto el mar que allana las montañas conmovidas por la caída del rayo el mar, asilo de los Asuras vencidos por los dioses, ese mar que ofrece a Agni la ofrenda de su oleaje, se mostró a las dos hermanas como inconmensurable y como rey de las riberas. Y ellas contemplaron el vasto océano que parecía danzar en todas sus ondas y hacia el cual, rebosando de aguas profundas, se dirigía sin cesar una multitud de caudalosos ríos...



José de Espronceda

ELEGÍA

¡Cuán solitaria la nación que un día
poblara inmensa gente!
¡La nación cuyo imperio se extendía
del Ocaso al Oriente!

Lágrimas viertes, infeliz ahora,
soberana del mundo,
¡y nadie de tu faz encantadora
borra el dolor profundo!

Oscuridad y luto tenebroso
en ti vertió la muerte,
y en su furor el déspota sañoso
se complació en tu suerte.

No perdonó lo hermoso, patria mía;
cayó el joven guerrero,
cayó el anciano, y la segur impía
manejó placentero.

So la rabia cayó la virgen pura
del déspota sombrío,
como eclipsa la rosa su hermosura
en el sol del estío.

¡Oh vosotros, del mundo, habitantes!,
contemplad mi tormento:
¿Igualarse podrán ¡ah!, qué dolores
al dolor que yo siento?

Yo desterrado de la patria mía,
de una patria que adoro,
perdida miro su primer valía,
y sus desgracias lloro.

Hijos espurios y el fatal tirano
sus hijos han perdido,
y en campo de dolor su fértil llano
tienen ¡ay!, convertido.

Tendió sus brazos la agitada España,
sus hijos implorando;

sus hijos fueron, mas traidora saña
desbarató su bando.

¿Qué se hicieron tus muros torreados?
¡Oh mi patria querida!
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
tu espada no vencida?

¡Ay!, de tus hijos en la humilde frente
está el rubor grabado:
a sus ojos caídos tristemente
el llanto está agolpado.

Un tiempo España fue: cien héroes fueron
en tiempos de ventura,
y las naciones tímidas la vieron
vistosa en hermosura.

Cual cedro que en el Líbano se ostenta,
su frente se elevaba;
como el trueno a la virgen amedrenta,
su voz las aterraba.

Mas ora, como piedra en el desierto,
yaces desamparada,
y el justo desgraciado vaga incierto
allá en tierra apartada.

Cubren su antigua pompa y poderío
pobre yerba y arena,
y el enemigo que tembló a su brío
burla y goza en su pena.

Vírgenes, destrenzad la cabellera
y dadla al vago viento:
acompañad con arpa lastimera
mi lúgubre lamento.

Desterrados ¡oh Dios!, de nuestros lares,
lloremos duelo tanto:
¿quién calmará ¡oh España!, tus pesares?,
¿quién secará tu llanto?

Pedro Salinas

RAZÓN DE AMOR

¡Pastora de milagros!
¿Lo sobrenatural
nació quizá contigo?
Tu vida
maneja los prodigios
tan tuyamente como
el color de tus ojos,
o tu voz, o tu risa.
Y lo maravilloso
parece
tu costumbre, el quehacer
fácil de cada día.
Las sorpresas del mundo,
lanzadas desde lejos
sobre ti, como olas,
en mansa espuma blanca
a los pies se te quiebran,
dóciles, esperadas.
Lo imprevisto se quita,
al verte su antifaz
de noche o de misterio,
se rinde:
tú ya lo conocías.
Andando de tu mano,
¡qué fáciles las cimas!
Alto se está contigo,
tú me elevas, sin nada,
tan sólo con vivir
y dejar que te viva.
Tus pasos más sencillos
en ascensión acaban.
Y en altura se vive
sin sentir la fatiga
de haber subido. Tú
le quitas
al trabajo, al afán,
su gran color de pena.
Y en descensos alegres,
se sube, si tú guías,

la inmensa
cuesta arriba del mundo.
Cuando tu ser en proa,
- velocísimo viento -
atraviesa la vida,
se les cae a las ramas
de lo que deseamos
los esfuerzos que cuestan,
el precio de la dicha,
como las hojas secas,
y te alfombran el paso.
Y yo sé que quererte
es convertir los días,
las horas, en peligros,
en llamas. Pero a todo
se sonríe por ti.
Porque vas sorteando
nuestra vida entre azares
ardientes, entre muertes,
tan inocentemente,
tan fuera del pecado,
que nos parece un juego
con las cosas más puras.
Tan sencilla queriéndome,
que a veces se me olvida
que vivo de milagro
el amor fabuloso
que al cargar sobre ti
ingrávido se torna.
Y como lo redimes
de sangre, o de tormento,
por fuerza de tu pecho,
con corazón de magia,
se siente la ilusión
de que nada nos cuesta
nada.
Que el hecho más sencillo,
el primero y el último
del mundo, fue querernos.

SAFO DE LESBOS

Poema de amor (650/610-580 a. C.)

Igual parece a los eternos dioses
Quien logra verse frente a ti sentado:
¡Feliz si goza tu palabra suave,
Suave tu risa!

A mí en el pecho el corazón se oprime
Sólo en mirarte: ni la voz acierta
De mi garganta a prorrumpir; y rota
Calla la lengua

Fuego sutil dentro mi cuerpo todo
Presto discurre: los inciertos ojos
Vagan sin rumbo, los oídos hacen
Ronco zumbido.

Cúbrome toda de sudor helado:
Pálida quedo cual marchita hierba
Y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte
Parezco muerta

